INFORME SOBRE UNA DECADA ECONOMICA: 1960-1969

AMERICA PARA LOS AMERICANOS

por Carmelo R. Fuente

Estos diez años transcurridos han visto el mantenimiento —e incluso en algunos casos, la agudización— de dos características definidoras de la economía de América Latina: dependencia de los países-centro (en su práctica totalidad, del país-centro: Estados Unidos), y desequilibrios internos. Ambos elementos están interrelacionados entre sí.

La actual estructuración económica mundial, y más específicamente, la relación entre Estados Unidos y la región latinoamericana, impone y está basada en relaciones de dependencia a todos los niveles. En el económico se concretan en diversos aspectos, que abarcan desde esquemas llamados de ayuda hasta la problemática y efectos de la inversión privada, pasando por las prácticas restrictivas al acceso del mercado norteamericano, las oscilaciones bruscas en los precios de las materias primas y la tendencia secular al empeoramiento de los términos de intercambio («terms of trade»). Toda esta serie de elementos es consecuencia, y al mismo tiempo causa, de un complejo muestrario de desequilibrios internos. Lento ritmo de crecimiento del producto total —incluso descenso en el producto «per cápita»—, deficientes estructuras agrarias e industrial, gigantismo del sector servicios, inflaciones permanentes, desempleo y subempleo son algunos de estos desequilibrios.

En definitiva, estamos en presencia de una región dependiente y subdesarrollada. Es, desde luego, cierto que América Latina es varia y distinta. Se ha hablado no de una, sino de varias Américas Latinas. Esto es válido también para un análisis económico. Ahora bien, dentro de su variedad, América Latina es una. Por ello, las características y procesos que se analizan tienen gradaciones y matices por países. Pero en cualquier caso, el enfoque general es válido para toda la región.

La década transcurrida fue bautizada por las Naciones Unidas como la Década del Desarrollo, señalando como objetivo mínimo a alcanzar un ritmo del 2,5 por 100 anual en el crecimiento del producto «per cápita» en los países subdesarrollados. Idéntico objetivo marcó la Alianza del Progreso para los países latinoamericanos. La Alianza nace en abril de 1961, en Punta del Este (Uruguay), en base, de un lado, el propio reformismo kennedyano, y de otro, al impacto causado por el régimen castrista, ya orientado por esas fechas hacia una revolución antiimperialista y socialista. Todo este sistema sufre progresivamente un creciente deterioro, agudizado por la muerte de Kennedy. Paralelamente a este proceso descendente, va surgiendo uno ascendente, que busca un panamericanismo sin Estados Unidos. Su culminación —hasta el momento— es la reunión de la Comisión Especial de Coordinación Latinoamericana —C. E. C. L. A.—, en Viña del Mar (Chile), en mayo de 1969, fruto de la cual es una postura única de los países latinoamericanos ante los Estados Unidos. Hay que señalar que C. E. C. L. A. —comisión no institucionalizada— es el único organismo del continente en el que no participa Estados Unidos. El Acuerdo de Viña del Mar refleja el convencimiento del fracaso del esquema interamericano vigente y el deseo de una nueva estructuración.

EL CRECIMIENTO DEMOGRAFICO MAS RAPIDO DEL MUNDO

Cualquier aproximación al tema latinoamericano debe tener siempre presente este hecho: la población de América Latina crece más rápidamente que la de cualquier otra área del mundo. Desde 1920 a 1970, se triplica el número de habitantes, pasando de 90 millones a 270, esperándose para fin de siglo una población por encima de los 650 millones.

Este elevado ritmo se debe, fundamentalmente, a la alta tasa de natalidad, al mismo tiempo que al progresivo descenso de la tasa de mortalidad. Las corrientes inmigratorias tienen una importancia mucho menor, incluso en países tradicionales, como Venezuela, Brasil, Uruguay y Argentina.

Este enorme crecimiento demográfico hace que América Latina sea un continente muy joven. En algunos países, cerca del 50 por ciento de la población total tiene menos de veinte años. Todos los años hay fuertes presiones en los mercados de trabajo, que no pueden absorber esta mano de obra. Esto es particularmente agudo en los sectores urbanos, ya que existen en todos estos países unas fuertes corrientes migratorias campo-ciudad.

El gran crecimiento poblacional lleva a que la mayoría —si no la totalidad— de los problemas sociales permanezcan, o incluso se agraven en términos absolutos. Por ejemplo, si bien el coeficiente de analfabetismo ha disminuido en esta década, no ha ocurrido lo mismo con el número total de analfabetos, que permanece invariable.

El crecimiento de la producción total de la región ha sido escasamente superior al vegetativo: 4,7 por 100 el primero y 3 por 100 el segundo, en el período 1960-68. Es decir, el crecimiento anual del producto «per cápita» ha sido del 1,7, sensiblemente inferior al programado por las Naciones Unidas y la Alianza para el Progreso. Es muy inferior al equivalente en los países desarrollados —3,7— y al total mundial —2,8—. De este modo, si en 1960 el producto por habitante de las áreas desarrolladas era 3,7 veces superior al de América Latina, este coeficiente llega, en 1967 (en dólares de 1960), al 4,2.

Las diferencias, por lo tanto, han aumentado. La región latinoamericana está así más lejos de los países desarrollados y, por ende, del nivel considerado como mínimo en cada momento. El creciente «standard» de vida de los países prósperos marca, a través, fundamentalmente, del efecto demostración, un nivel mínimo que cada vez es más alto y del que cada vez están más lejos los países subdesarrollados y, entre ellos, los latinoamericanos. El conocimiento de los altos niveles de vida —del que son reflejo y copia fiel los de minorías dentro de estos mismos países— genera un proceso en que los deseos se transforman en necesidades, llegando incluso a ser imprescindibles. Existe así una clara contradicción en este mecanismo, que genera necesidades pero que no las satisface. De este modo, el estar más lejos que en 1960 de lo que hoy es considerado como mínimo, puede afirmarse que los países latinoamericanos están más subdesarrollados que antes. Ha habido un mayor subdesarrollo.

Además de ello, la situación en lo que se refiere a las estrictas necesidades vitales, presenta aspectos contradictorios. Ha habido mejoras, especialmente en ciertos países y en algunos sectores, como alimentación. En otros, como en el caso de la vivienda, el ritmo de nuevas habitaciones ha sido inferior al crecimiento demográfico, empeorando así la situación.

El lento crecimiento del producto total es efecto de una serie de condicionantes de todo tipo. Entre ellos está el mecanismo de la dependencia, la cual es integral —y en grados distintos de intensidad según países—, pero que analizamos solamente desde el punto de vista económico.

DEPENDENCIA ECONOMICA

La escasez de los recursos financieros nacionales —incrementada por una evasión anual de capitales que por un sólo canal (sociedades de fondos mutuos) ha sido evaluada en 450 millones de dólares anuales— obliga a estos países a la recepción de fondos extranjeros. El principal suministrador de los mismos son los Estados Unidos, país que tras la primera guerra mundial sustituye a Gran Bretaña en esta función en todo el mundo, y en especial en esta región. El proceso se inició mediante la inversión directa privada, primero en recursos naturales (plantaciones, minas, petróleo), con una segunda etapa —en muchos casos simultánea— de inversiones en servicios públicos, para llegar a una tercera etapa, la actual, en que la inversión privada se orienta fundamentalmente hacia la manufactura. Este proceso, que se agudiza tras la segunda guerra mundial —paralelamente al proceso de industrialización de la región—, se acompaña por un nuevo mecanismo financiero: el de origen público, ya sea de fuente nacional

● *Las cifras que se utilizan en este trabajo son de fuentes interamericanas: C. E. P. A. L., C. I. E. S., A. I. D., etcétera. No se incluye Cuba en este análisis de la economía latinoamericana, por razones obvias.*

Durante la década 1960-69 se ha intensificado el proceso económico que mantiene a los países latinoamericanos en dependencia respecto a la economía estadounidense. La conciencia de esta situación culmina en acciones de protesta, violencia o, como en este caso, en simbólicas quemas de banderas norteamericanas.

(Ley 480, A. I. D., Eximbank), ya de fuente multilateral (Banco Mundial, Banco Interamericano, Banco Centroamericano). De este modo, Estados Unidos se convierte en el principal suministrador de capitales de la zona.

Estas características se han mantenido plenamente vigentes en esta década. Se ha estimado que durante el periodo 1961-68, el financiamiento bruto de origen nacional (público) y multinacional a América Latina alcanzó la cifra de 14.238 millones de dólares, lo que supone 1.779 anualmente. De este total corresponde el 50 por 100 a Estados Unidos. A este financiamiento bruto equivale uno neto de 7,745 millones, es decir, 968 millones de dólares por año, cifra que está muy lejos del mínimo de 2.000 millones anuales, considerado en la Alianza para el Progreso.

Si bien todo este flujo financiero es presentado —al menos, en su mayor parte y a efectos propagandísticos— como ayuda, una gran cantidad del mismo no lo es. El propio Consejo Interamericano Económico y Social —C. I. E. S.—, organismo de la O. E. A., estima que «el componente de ayuda» de estos flujos alcanzaría a los 754 millones anuales. No ofrece duda que este mecanismo financiero puede ser —y de hecho lo es— un elemento perturbador de la autonomía económica e incluso política, de los países que lo reciben. Este es un elemento que no se puede cuantificar, pero que, indudablemente, existe. Un ejemplo clásico es el comportamiento de la A. I. D. (una agencia de los Estados Unidos para financiación internacional) en Brasil. Durante los años 1962-63 y 1963-64 —gobierno de Goulart—, se observó una gran baja en la financiación otorgada a este país por dicha agencia. La situación cambió radicalmente tras la caída de Goulart.

Durante esta década se ha observado una creciente participación —en el mecanismo de financiación— del Banco Interamericano de Desarrollo (B. I. D.). Hoy es, por encima del Banco Mundial, la principal fuente de financiación multinacional para América Latina. Este es un camino en el que se debe ▶

avanzar, superando algunos de los inconvenientes que presenta, como es, por ejemplo, el excesivo peso de los Estados Unidos en este organismo, ya que tiene, por citar un sólo elemento que pruebe ello, un porcentaje del 41,80 de los votos totales. Estos organismos multinacionales deben convertirse en eso precisamente: en auténticos organismos multinacionales, superando determinadas direcciones o influencias. La desaparecida revista «Economist para América Latina» cita, en su número de 22 de septiembre de 1967, la controversia mantenida a fines de 1966 entre el Presidente Lleras y el F. M. I. sobre devaluación de la moneda nacional. Como se indica textualmente, «la presión sobre Colombia se hizo evidente». En efecto, Estados Unidos suspendió las iniciadas conversaciones para otorgar un préstamo de 100 millones de dólares, y mientras siguieron las negociaciones de Colombia en el F. M. I. —seis meses—, ninguna institución financiera internacional aprobó préstamos a Colombia.

Evidentemente, de lo anterior no hay que deducir que la financiación externa sea siempre perjudicial e innecesaria para la región. No se trata de ello. Se trata de lograr un mecanismo que supere los inconvenientes actuales, tanto en el flujo financiero de origen nacional como multilateral. Se trata de evitar que el mismo se utilice para agudizar las relaciones de dependencia. Como lo dice el propio Acuerdo de Viña del Mar, al señalar los «criterios básicos» que deben presidir la cooperación financiera interamericana, «es indispensable que la cooperación financiera externa no esté sujeta a condiciones que limiten la capacidad nacional de adoptar decisiones». Esto es también imprescindible en el sector de la inversión privada, fundamentalmente directa y también de origen norteamericano, sea su origen Estados Unidos o vía europea o canadiense. Durante el período 1960-67, estas inversiones han alcanzado una cantidad anual de 358 millones de dólares (nuevas inversiones, más utilidades reinvertidas). En estos mismos años, las utilidades remitidas al país de origen han totalizado 6.797 millones de dólares, es decir, 850 millones anuales. Ello quiere decir que Estados Unidos, por un dólar que ha invertido, ha retirado cerca de dos y medio. Existe, de este modo, un proceso de traslado del excedente económico, desde los países periféricos al país centro.

Este flujo de capitales hacia el país centro es superior al que antes se ha estimado como componente de ayuda. Como lo han indicado los propios gobiernos latinoamericanos en el Acuerdo citado, «la inversión privada extranjera no debe considerarse como asistencia ni computarse como parte de la cooperación financiera para el desarrollo».

Desde 1960, el crecimiento más importante ha sido en inversiones en el sector manufacturero, que ya suponen —en 1967— un 32,3 por ciento del total de 10.213 millones de dólares (valor en libros). Desde 1960, su valor absoluto se ha multiplicado por un coeficiente cercano a 2,5. Debe verse en este proceso una toma de posición ante el proteccionismo latinoamericano y los procesos de integración. Además de ello, un deseo de control progresivo del sector más dinámico de estas economías. De este modo, cabe decir que la principal potencia industrial en Latinoamérica es la industria estadounidense en Latinoamérica.

No podemos entrar a analizar en detalle la problemática de este sector. Tan sólo queremos señalar que la propia estructuración de la inversión privada, especialmente en base a grandes consorcios (empresas multinacionales) es también un elemento distorsionador de la actividad de estos países). Encontrar un mecanismo equilibrador entre la superación de estos inconvenientes y la necesidad de capital y técnica extra-regionales, es objetivo primordial para el subcontinente. El problema clave es si ambas fuerzas o tendencias son siempre contradictorias o cabe una armonización entre las mismas. Esto último podría ensayarse buscando una mayor pluralidad en el origen geográfico de la inversión privada.

LENTO CRECIMIENTO DE LAS EXPORTACIONES

El ritmo de crecimiento de las exportaciones latinoamericanas de mercancías ha estado, durante el período 1960-68, por debajo de la media mundial. El resultado ha sido una menor participación latinoamericana en el comercio mundial, pues se pasa de 8,8 en 1960 al 5,6 por 100 del total en 1967. Este lento —e insuficiente— ritmo está intimamente ligado con la estructura de dichas exportaciones, en las que, a pesar de ciertos avances por esfuerzos diversificadores, todavía tienen un gran peso, un solo producto natural, sea agrícola o mineral. Si bien con progresos, estos países siguen siendo de monoexportación. Es decir, la vulnerabilidad de la exportación latinoamericana a las variaciones del mercado ha disminuido insuficientemente. El peso de las semi y manufacturas —que ha sido el sector más dinámico en el comercio mundial— es muy escaso en el total.

El comercio mundial ha presentado en estos últimos años dos características fundamentales: rápido crecimiento de manufacturas y mucho más lento de las materias primas. En 1966, las manufacturas suponen el 60 por 100 del total, mientras que en 1955 eran el 50 por ciento. América Latina no ha participado en lo primero y ha sido afectada en lo segundo. Paradójicamente, quienes más han aprovechado el (lento) ritmo de crecimiento de los productos básicos han sido los propios países desarrollados (Estados Unidos, C. E. E.).

Este lento e insuficiente ritmo en América Latina se ha dado tanto en monto físico como en valor monetario. Durante el período 1960-66, el volumen de exportaciones creció a la media anual del 4,3 por 100, mientras que el poder de compra de los mismos lo hizo al 4,1. Vale decir: los términos de intercambio no se movieron muy desfavorablemente, y en cualquier caso, mucho mejor que en la década 1950-60, en que los coeficientes respectivos fueron de 4,2 y 1,9.

Esta desfavorable evolución de las exportaciones —que responde a causas cuyo análisis desborda los límites de este trabajo— ha obligado a estos países a adopción de políticas que incluyen dos medios tradicionales: control y frenaje de importaciones y endeudamiento externo.

La actuación sobre las primeras tiene sus límites, por cuanto el proceso de crecimiento hacia adentro, también llamado de sustitución de importaciones, de estos países trae aparejada la rigidez de las importaciones, por la imprescindibilidad de productos que no se producen en el país y que son necesarios para el proceso industrial. En cualquier caso, las necesidades de importación son siempre superiores a la capacidad de importar, lo cual viene determinado por los ingresos de las exportaciones, lo cual exige un más rápido ritmo de crecimiento de estas exportaciones, que se convierten así en variable fundamental del modelo. Pero más rápido ritmo sólo se producirá en las ventas de semi y manufacturas. De ahí la necesidad de mejorar las condiciones de acceso a los países desarrollados (mecanismos de preferencias no generalizadas debatidos en foros mundiales, sin resultado), así como de la reconversión industrial (para lograr industrias competitivas) y de los procesos de integración latinoamericanos.

ENDEUDAMIENTO EXTERIOR

Todo este proceso se complica extraordinariamente por el creciente peso que para estos países supone el servicio de su deuda exterior. Se ha estimado que desde 1960 a 1966, las salidas por conceptos de pagos por inversiones directas y préstamos extranjeros (incluye utilidades y dividendos e intereses y excluye amortizaciones), pasan de 1.409 millones de dólares (promedio anual 1960-64) a 2.047 en 1966. Es decir, hay un incremento del 50 por 100, superior al de las propias exportaciones. Esto supone algo de importancia trascendental: el ritmo de crecimiento de las propias exportaciones es insuficiente en el relación con este ritmo de salidas por pago de deudas. Entonces, al ser insuficientes los ingresos por exportaciones, América Latina acude nuevas deudas para pagar deuda anteriores, llegándose así a la t mible espiral del endeudamien externo.

Si añadimos las salidas por amo tizaciones, estima la C. E. P. A. que en 1967 estas salidas totale suponen ya el 35 por 100 de los i gresos por exportaciones de bi nes y servicios. Este coeficient en 1950-54, era del 18,4. Es deci casi se ha duplicado. Dicho coe ciente llega al 50 en algunos paise como Brasil.

El resultado de este comple proceso es el creciente endeud miento de la región. No hay est maciones completas sobre el vol men total de la deuda exterior t tal de América Latina. La pr pia C. E. P. A. L. estima la deu pública externa, a fines de 196 en unos 15.000 millones de dol res, y la total, en unos 20.000 m llones. Este es un monto muy el vado, superior al de cualquier ot área del mundo. Además, las co diciones se han endurecido al r ducirse los plazos de amortizaci y aumentar las tasas de interés. D este modo, los 2.000 millones p gados por el subcontinente en 196 suponen el 55 por 100 del total p gado por los países en desarroll

Estas enormes cifras resumen sintetizan lo que es el mecanism de dependencia en el terreno ec nómico.

* * *

Los desequilibrios internos de economía latinoamericana se refl jan en el lento ritmo de crecimie to del producto total y «per cáp ta». Este ritmo es insuficiente pa responder a la demanda de trab jo, la cual viene impuesta por fuerte tasa de aumento de la p blación, lo que da lugar a cifras i portantes de paro.

En 1969, la mano de obra acti alcanzaría el 33 por 100 de la p blación, lo que es un porcenta inferior al de otros años, com 1950 (34,2) y 1960 (33,4). Esto e una consecuencia del rejuvenec miento del subcontinente, pues e términos absolutos la población a tiva ha experimentado, entre 196 y 1969, un aumento del 30 por 10

La estructura de la población a tiva por sectores económicos n ha variado sensiblemente. Ha s guido la tendencia descendente e la proporción de mano de obra e el campo, si bien el volumen abs luto ha continuado su crecimient La menor participación relativa d este sector no se ha visto com pensada por un crecimiento suf ciente en el sector secundario. D este modo, el sector servicios vi ne absorbiendo el contingente ma yor, pasando de un 28,2 por 10 del total, en 1960 al 33 por 10 en 1969. En realidad, no lo ha ab sorbido, pues este gigantismo de sector servicios no es síntoma d desarrollo, sino de lo contrario, y que la gran cifra esconde un im portante componente de desemple

La reforma agraria es uno de los objetivos políticos latinoamericanos, a veces propuestos por los gobiernos para arrancarlos de los programas populares más radicales.

y subempleo. Para 1969 se ha estimado que el paro alcanza a veinticinco millones de personas (midiendo el subempleo en desocupación equivalente).

Evidentemente, la productividad media de la mayor parte de la mano de obra latioamericana es muy baja, lo que supone bajos ingresos. Se ha calculado que la productividad por persona ocupada representa entre un cuarto y un sexto de la registrada en países industriales adelantados. Además, el ritmo de crecimiento de esta productividad es muy lento y con marcadas diferencias entre sectores.

BAJO COEFICIENTE DE INVERSION

El coeficiente de inversión (relación entre inversión bruta fija y producto total) presenta una evolución poco satisfactoria en el período 1960-68, sensiblemente igual a la del 1950-60. Para 1960 y 1968 se estimó en el 17,1 por 100, con oscilaciones en los años intermedios.

Esta tasa es doblemente insuficiente porque, como señala la C. E. P. A. L., los altos precios relativos de los bienes de capital en estos países hace que un esfuerzo equivalente de ahorro no se transforme en un logro equivalente de inversión en bienes de capital. De este modo, se estima que en 1960, el coeficiente del 17,1 quede reducido realmente al 12,4, si se toma como base los precios relativos de los bienes de capital en Estados Unidos. Dicho de otra manera, un mismo esfuerzo de ahorro en ambas zonas significa una menor tasa de inversión en Latinoamérica, por los altos precios de los equipos.

La alta concentración en la distribución del ingreso en América Latina debería permitir, sin embargo, un mayor ahorro e inversión, si no fuese por el elevado consumo (y evasión de capitales) que exhiben las clases más altas de estas sociedades. De este modo, el ahorro interno total, en el período 1961-67, creció a un ritmo anual inferior al del producto, con el resultado de una menor participación de esta magnitud en la financiación de la inversión (90,3, en 1961; 89,7, en 1967), con el consiguiente aumento del ahorro externo.

No solamente hay insuficiencia cuantitativa en la tasa de inversión, sino también cualitativa, ya que los grupos de ingresos altos demandan bienes que son suntuarios en relación al nivel medio de vida de la mayor parte de la población, produciéndose así un gran despilfarro en los escasos recursos.

AGRICULTURA INSUFICIENTE

La característica más importante del sector agropecuario —que resume y culmina todo un complejo proceso— es el bajo rendimiento tanto por hectárea como por persona empleada (con la única excepción de Argentina en el segundo aspecto). Según datos de F.A.O., de acuerdo a ambos criterios, los países de la región ocupan siempre los últimos lugares.

Esta lamentable situación no ha experimentado sensibles mejoras en esta década. El crecimiento anual de la productividad por persona empleada fue de 2,5 por 100 (década anterior: 2,1). El ritmo ha sido igualmente lento en unidad de superficie, y siempre por debajo de los países más adelantados. Esta baja productividad agrícola supone bajos ingresos (además mal repartidos), lo que constituye la fundamental causa de las fuertes migraciones a las ciudades. No obstante ello, existe exceso de mano de obra en el campo, exceso en relación con la sactuales estructuras del mismo, que imponen una subutilización de los factores de producción, entre ellos, el trabajo, con el resultado de que, según la mayor parte de la mano de obra permanece ociosa de cien a doscientos días al año.

En base al lento crecimiento de los rendimientos, la propia evolución de las producciones agropecuarias es también decepcionante. El incremento anual no ha sido muy superior al de la población, incluso inferior en algunos países y producciones. Esto ha traído una importante consecuencia en el comercio exterior de la región: fuerte aumento de las importaciones agropecuarias, cuyo ritmo anual, tanto en volumen como en valor, ha superado al de las exportaciones. En 1965, las importaciones extrazonales alcanzaron 600 millones de dólares. Así, Latinoamérica, de exportadora neta de algunos productos, se convierte en importadora.

De este modo, para hacer frente a la creciente demanda interna y lograr, además, el objetivo de que una parte cada vez mayor de las importaciones extrazonales se conviertan en intrazonales, es imprescindible un aumento más rápido de las producciones. Esto sólo puede lograrse sobre la base de una intensificación de la agricultura, que permita mayores rendimientos, ya que la vía de nuevas tierras está prácticamente agotada.

Esto supone superar las causales de los actuales bajos rendimientos. Dedemos analizar cuál ha sido la evolución de estas causales en estos años.

Un primer problema es el del factor tierra. De acuerdo a estimaciones de 1965 (que excluyen Argentina), el 1,9 por 100 de la población activa (600.000 propietarios) controlan el 52,4 por 100 de la superficie útil, es decir, 402 hectáreas por cabeza. En el otro extremo, casi siete millones de minifundistas poseen poco más de una hectárea y media por cabeza. Hay, además, quince millones y medio de personas, es decir, el 48,7 por ciento de la población activa del sector, sin tierra. Como indica, en un estudio de 1968, el experto Solon Barraclough, «salvo algunas excepciones, la situación agraria en América Latina se ha tornado más crítica desde 1961..., el número de trabajadores sin tierra y minifundistas ha aumentado en casi todos los países».

Esta estructura, y en general los sistemas imperantes de tenencia de la tierra, son un factor importante en la actual situación de bajos rendimientos. Sólo una distribución más racional permitiría un mejor empleo de este y los restantes factores de producción. De este modo, un proceso de reforma agraria —del que es un elemento más la superación de este esquema— aparece como algo imprescindible, económica y socialmente. De este último punto de vista interesa destacar un dato: en 1965, el estrato superior de la población activa agrícola —18 por 100— tiene un ingreso más de veinte veces superior al estrato de subsistencia, que abarca el 67,7 por 100 de la mano de obra en el sector.

También se aprecian graves deficiencias en el factor trabajo, como se observa, por ejemplo, en el alto porcentaje de analfabetismo en el campo, en la escasa o nula preparación técnica del mismo y en el bajo número de técnicos agrónomos por trabajadores agrícolas. La misma subutilización se da en el factor capital, tanto en el real como en el monetario. Paradójicamente conviven la escasez de oferta de capital financiero (en relación a las necesidades) con el exceso del mismo (ya que la demanda de capital permanece, en gran parte, en lo potencial, por razones institucionales, como ignorancia, dificultad de acceso al crédito, permanencia de la usura y prestamistas, etc.). Al mismo tiempo, la mayor parte del crédito oficial (y privado) se dirige a los grandes propietarios, agudizándose así la desigualdad.

Lo realizado en esta década en reforma agraria es muy escaso. La mayor parte de países latinoamericanos tenían formuladas en 1961, leyes de reforma agraria, que fueron completadas —sobre el papel— al insistir en su necesidad la Alianza para el Progreso. En la práctica, se ha hecho muy poco. En décadas anteriores, tan sólo México —fundamentalmente con Lázaro Cárdenas— y Bolivia —con el M. N. R., a partir de 1952— han realizado procesos definidos, como revoluciones agrarias. Durante esta década, esta etiqueta sólo puede aplicarse al caso de Cuba, que ya en 1959 promulgó su ley. Los movimientos reformadores de esta década han sido realizados en Venezuela, a partir de 1960, y en Chile, en la Administración Frei, a partir de 1965.

La evolución de estos años ha mostrado que no basta promulgar disposiciones de reforma agraria para realizar un proceso de este tipo. Para ello se requiere voluntad de realizarlo, convirtiéndose esto en un problema esencialmente político. Las experiencias mexicana, boliviana y cubana muestran que las reformas sólo se empren-

La situación de dependencia económica determina la inestabilidad política, constante de la mayoría de los regímenes latinoamericanos.

AMERICA PARA LOS AMERICANOS

den y se realizan realmente bajo el impulso de clases sociales distintas a las que detentan la tierra y, por tanto, el poder (aunque éste, como consecuencia de la industrialización, ya no tiene su fuente más importante en el agro).

INDUSTRIA NO COMPETITIVA

La década finalizada ha visto la continuación de tendencias aparecidas —en unos casos y reafirmadas en otros— a partir de 1930, así como la iniciación y concreción de unas distintas, pero que ya estaban en embrión por el propio desarrollo de las anteriores. De un lado, siguió adelante el proceso de crecimiento hacia adentro o de sustitución de importaciones, en escala ascendente de tecnologías de menos a más complejas. Por otra parte, nuevas tendencias, generadas por este proceso: se está llegando al agotamiento del mismo en aquellos países más avanzados industrialmente —Brasil, Argentina, México, luego Chile—, al exigir las tecnologías más complejas unas dimensiones más amplias imprescindibles para las economías de escala, lo que exige, a su vez, mercados mayores que los actuales.

Dentro de estas fuerzas condicionantes, el sector industrial ha seguido creciendo, si bien a ritmo más lento. En 1967, se estima que el producto industrial bruto del subcontinente supuso un 23,1 por 100 del producto interno bruto total. Este coeficiente fue del 18,7 en 1950; 21,7, en 1960, y se estima que, en 1970, llegue al 24 por 100. Es decir, hay crecimiento industrial, pero el mismo pierde velocidad en esta década. Ello no obstante, este sector es el más dinámico de la región, habiendo crecido, en 1960-1967, al 5,8 por 100 anual, superior a la media —4,6— y a cualquier otro sector.

No ha ocurrido lo mismo con la absorción de la mano de obra, que ha sido insuficiente, lo que indica que, en definitiva, la industrialización es demasiado lenta y, en menor medida, la adopción de tecnologías —importadas— con mayor intensidad de capital. Hay, además, escasez de mano de obra cualificada, y no solamente a nivel directivo (en términos generales, el llamado «brain drain» es una auténtica sangría para estos países), sino también a nivel medio y de trabajador.

Nuevamente, la principal característica de este sector es la baja productividad y los elevados costos. El bajo rendimiento de la mano de obra se confirma si tenemos en cuenta que el valor agregado por persona ocupada en este sector es cinco veces inferior a la de Estados Unidos. El ritmo anual de crecimiento, en 1960-69, se ha estimado en un 3,6 por 100, superior a la media, pero inferior al de los países desarrollados, y similar al latinoamericano de 1950-60, lo que revela retroceso relativo.

La ineficiencia general de este sector responde a diversas causas, como son: excesiva diversificación, dimensión media insuficiente, ineficiente uso del capital, escasa preparación de la mano de obra, mala organización, obsolescencia del equipo, problemas del mismo, desfinanciación, etc. El resultado es una industria que produce a costos muy altos, siendo así uno de los principales componentes de la inflación. Es una industria muy protegida y que exporta muy poco, dependiendo, además, de tecnología exterior, pues los recursos dedicados a investigación son escasísimos.

Una de las características más importantes en este sector es la presencia de una gran concentración industrial, lo que hace aparecer prácticas restrictivas de la competencia. En algunos países, como Brasil, el 6 por 100 de los establecimientos fabriles representa el 70 por 100 de la producción total del sector. Un cierto número de grandes empresas —en todos estos países— están ligadas —a través de diferentes sistemas— a inversiones extranjeras, como se vio al examinar el problema de la inversión directa exterior, fundamentalmente orientada a este sector.

En definitiva, el modelo de crecimiento hacia adentro parece estar agotado o en vías de agotarse. El paso a tecnologías más complejas exige mercados más amplios y una mayor especialización. De este modo aparecen como elementos finales y que cierran el esquema, la necesidad de integración y la necesidad de exportar productos semi y terminados, único sector verdaderamente dinámico en el comercio internacional.

INFLACION

La evolución latinoamericana reciente ha visto el mantenimiento de características de otras décadas: estabilidad en algunos países —los centroamericanos y del Caribe, Ecuador y Venezuela—, ritmos inflacionarios moderados en otros —caso de México, Perú, Colombia, Paraguay— y altos niveles en los países de «inflación permanente»: Brasil, Uruguay, Argentina y Chile. El primero alcanzó su índice más alto (en costo de la vida) en 1964 (91,7) y el mínimo en 1968 (22,4). Uruguay llegó al 125,3 por 100 sobre el año anterior en 1968, habiendo disminuido fuertemente en 1969. Argentina mantiene ritmos anuales de alrededor del 25 por 100, con descenso en 1968 y 1969. Finalmente, Chile alcanzó su costo más alto en 1964 (46 por 100), para descender luego y quedar alrededor del 30 por 100 en 1968 y 1969.

No podemos entrar a analizar las razones de la ausencia y presencia de procesos inflacionarios. La tesis estructuralista estima que estas alzas de precios tienen una causa fundamental en las deficientes estructuras del país, y que lo que los monetaristas consideran causales son simplemente mecanismos de propagación de las presiones inflacionarias básicas. En base a ello, política de desarrollo y de estabilidad no son contradictorias, sino, al contrario, sólo una política de desarrollo que incorpora las necesarias reformas estructurales permitiría, además, superar la inflación, y su consecuencia inmediata, que es la desvalorización constante de las monedas nacionales.

Interesa destacar que los esfuerzos estabilizadores de estos últimos años en Brasil, Argentina y Uruguay se han basado —entre otros elementos— en la actuación sobre lo que un estructuralista consideraría un simple mecanismo de propagación: nivel de sueldos y salarios. Sería interesante medir la correlación entre estas políticas y la existencia de «Gobiernos fuertes» en estos países. En el otro extremo, la democracia parlamentaria chilena no pudo actuar, a fines de 1967, sobre este mecanismo, por impedírselo el fuerte movimiento gremial. La propia experiencia mexicana, con unos Sindicatos enquistados en el Gobierno, parece confirmar también esto. Ahora bien, los éxitos momentáneos puede que no sean suficientes para impedir los rebrotes inflacionistas, pues es muy posible que se esté actuando a nivel de efectos más que de causas.

INTEGRACION

Es muy posible que los logros más importantes de la década hayan sido en los movimientos de integración. Esta afirmación puede parecer errónea para el que haya esperado unos procesos sin problemas. Mal puede haber ocurrido esto cuando se trata de países que han vivido unos a espaldas de otros. Lo más positivo es la toma de conciencia y el convencimiento de que estos procesos —que deberían llevar a unión económica y política del subcontinente— son algo imprescindible e irreversible.

Claro está que la A.L.A.L.C. ha encontrado problemas aparentemente insolubles, que han llevado al reciente acuerdo de prorrogar hasta 1980 la formación de la zona de libre comercio, lo que descarta el objetivo de un Mercado Común latinoamericano en 1985. Esto ha sido, simplemente, el reconocimiento de la contradicción existente entre lo ambicioso del objetivo del Tratado de Montevideo y la insuficiencia del mecanismo para alcanzarlo. Claro que el mecanismo se hace más expedito si existe una decisión política de hacerlo así. Es el caso del Acuerdo que crea el Pacto Andino, que prevé alcanzar un mercado subregional a fin de 1980, estructurándose el mismo no como algo opuesto al movimiento general de integración, sino como operante en el mismo sentido.

En definitiva, parecen más los logros que los fracasos en este complejo proceso, que requeriría un examen más detenido que el hecho en estas breves líneas. Avanzar en el mismo es fundamental, pero no es una panacea. El integracionismo es condición necesaria, pero no suficiente, para el pleno desarrollo de estos países.

CONCLUSION

La desfavorable evolución y estructuración de las economías de estos países produce unas consecuencias en sus sociedades, que son resumen (y también causa a su vez) de las mismas. En síntesis, la desigual distribución de la riqueza genera unos ingresos desiguales, lo que da lugar a sociedades en las que todos no tienen la misma situación, ni siquiera parecida. Según estimaciones en 1965, un 5 por 100 de la población percibe el 31,5 por 100 del ingreso total, mientras que el 50 por 100 más bajo obtiene el 14 por 100. El ingreso medio del primer grupo es treinta y cinco veces más elevado que el del grupo bajo. De este modo, la mayor parte de las lacras sociales (mortalidad infantil, alimentación insuficiente y deficiente, coeficiente bajo de inteligencia, analfabetismo, viviendas insalubres, marginalización de la sociedad) afectan a estos grupos de bajo ingreso. Así se culmina todo un proceso.